

Orientaciones

PAPINI Y SU

ALBOROTADOR

LIBRO

NO VALE LA PENA DECRETAR SU PROHIBICION

Desde el famoso himno a Satanás de Carducci definido por el mismo autor como "aire de guitarra", hasta estas páginas desordenadas y pesadas del buen Papini, no se había discurrido tanto en Italia sobre el demonio. "Brotó del corazón", decía Carducci de su himno; a su vez Papini proclama en más de una ocasión y con fuerza, que su bondad viene puramente del corazón, y que no quiere otra cosa que enseñar la verdadera caridad a los Papas y a los Concilios, a los Padres y Doctores de la Iglesia, a los santos y a las almas piadosas, en una palabra, a la Iglesia, que no comprende aún ciertas cosas y no las quiere comprender, mientras que en Florencia son tan claras que Fernando Tirinnanzi (gran amigo de Papini) las ha comprendido. Los responsables de un modo de pensar tan atrasado son los miserables y mezquinos teólogos, parece decirnos Papini, dándoselas ya de reformador y profeta, ya de Hércules que suprime el infierno.

Papini se subleva contra los teólogos, y diríamos que no es de hoy el que esto se produzca. Cita una frase del Nuevo Testamento, atribuyéndola a San Agustín. En otra ocasión distingue entre el espíritu del Padre y el Espíritu Santo, y se pregunta con angustia de cuál se trata. Papini ignora que todo

esto no pertenece por desgracia a la teología; se trata de mucho menos y mucho más: es cuestión de catecismo; y si en el pasado, mientras fue catecúmeno, se le podían aceptar semejantes ocurrencias, hoy, después de más de treinta años de vida cristiana, y sobre todo, de oración cristiana, ya no se puede comprender, y se queda uno perplejo y extrañado. Durante tantos años, ¿no ha aprendido nada?

La conversión había reforzado en Papini sus cualidades sobresalientes que le daban su justa medida de escritor; y a ello había llegado, al descartar, de una vez para siempre, lo peor de Papini, hecho de cambios bruscos, de salidas destempladas, de excentricidades sacrílegas. Pero he aquí que, con la sublime entonación, sumamente retórica, de una caridad superior, se escapan de nuevo una vez más, como hojas secas y marchitas, las extravagancias más desabridas del individuo de la "acera de enfrente".

Entonces escribía: "creo que mi misión... debe ser la misma que la del demonio en el gran universo del Señor". Sobre la cubierta del libro de hoy, Papini tornó al mezquino juego y, con las tipografías y las reproducciones, tiende a sugerir una especie de paralelismo, si es que no identificación, entre él y el demonio. A Papini le parece que existen cosas terribles, macabras, diabólicas; ni siquiera duda cuántas ellas sean... renunciamos a definir lo que son. Leemos, pues, palabras acopladas tales como Dios-dolor, Dios-ateo, Dios-tentador y otras amenidades desordenadas que, francamente, no se explican sino por un nuevo recurso a viejas anotaciones, como en el d'annunzio de los últimos años. Papini levanta los brazos y declara: "Mi simpatía juvenil por el Angel caído tenía la significación de aviso previo". ¿Pero comprende Papini lo que escribe? A veces si se le quiere salvar, hay que dudar de ello.

Sus acostumbradas fanfarronerías se podrían pasar ("hago esto y nadie lo ha hecho"; "doy las verdaderas causas de la rebelión"; "conozco las verdaderas relaciones entre Dios y el demonio"; "ahora, yo os diré donde se encuentra el demonio..."); mas lo que no puede admitirse son ciertas expresiones que, en cuestiones sagradas, vienen a ser auténticas y propias irreverencias, antiguas blasfemias mal disimuladas bajo buenas intenciones nuevas. Así como las malas intenciones de antaño, no destruían lo que de bueno había en Papi-

ni, de la misma manera las buenas intenciones proclamadas hoy no destruyen lo que en él permanece de malo.

Es preciso mucha ceguera y obstinación espiritual para sacar de en medio del polvo de manuales y enciclopedias, viejas teorías que, si en sí mismas tenían peso, citadas de la manera como lo son ahora, entre una grosería de Pedro Giordani y un fragmento de Hemingway, aparecen como burdas e insípidas rarezas, payasadas para divertir a la masa y sacar de quicio a las gentes responsables. Hacerle caso no es locura, sino astucia vil, no es audacia, sino premeditación.

¿Y qué decir ahora del consentimiento de una campaña de venta edificada toda sobre una condenación temida (o deseada)? El libro no había aparecido todavía cuando este órgano temible de la policía intelectual que responde al nombre de Santo Oficio estaba en vela todas las noches para condenarlo. En una entrevista, el autor, modestamente, sentaba plaza de Galileo, de Rosmini, y otros grandes personajes que habían caído víctimas de los feroces teólogos. Desgraciadamente, ¿quién podía haber esperado tal cosa de Papini? ¿Ya no se acuerda qué sesgo tenía esto cuando él estaba joven? ¿Y acaso no ha luchado él con nosotros y para nosotros a fin de poner de nuevo las cosas en su punto? No faltaba más que una cosa: una alusión a Giordano Bruno...

Sabido es que, de acuerdo con el canon 1399, un libro lleno de errores explícitos, más aún excéntricos y escandalosos, como los que cubre el de Papini, está *ipso jure prohibitus*. El magisterio de la Iglesia no interviene más que en el caso de muy graves engaños que lastiman la buena fe de los fieles; en el caso de libros que tienen importancia doctrinal. El magisterio de la Iglesia, con ser una cosa más bien simple, es con todo algo serio. No se ve lo que la Iglesia pudiera hacer con semejante libro entre las manos.

Lamentamos que un contratiempo de esta naturaleza le haya acaecido al viejo escritor toscano, pero tal desgracia no dañará, a lo sumo, más que a su catolicismo, y no en modo alguno al catolicismo. Aun los fieles que estén menos sobreaviso, colocados ante tales ex-abruptos de un atrevido, un tanto cargado en años, no están de acuerdo, pero ni siquiera se alzan contra él. Encuentran más bien en esto un motivo para velar con mayor solicitud sobre su propia fe, para trabajar por su propia salvación, ya de suyo muy difícil, sin todas las confiadas arrogancias que pretenderían hacernos lograr la salvación imposible de alguno que, como el demonio, no quiere ser salvado... Ciertamente: pues Papini, al paso que Cristo nos ha salvado del demonio, quiere, él, (pero con nosotros, no sólo, reconozcámoslo), salvar el diablo de Cristo...

